

Itinerarios

Evgen Bavčar

Traducción del francés de Lorenza Fernández del Valle

Mis padres eran originarios de Eslovenia, del tiempo de la monarquía austro húngara. Luego se volvieron italianos y después yugoslavos. Mi padre era de una familia de obreros y campesinos, de herreros que fabricaban calderos de cobre. Mi madre, cuyos ancestros fueron ennoblecidos por los austriacos, se ocupaba de la casa. Yo tenía sólo siete años cuando murió mi padre. El recuerdo más intenso que guardo de él es el de un fusil para niños que me fabricó, como para decirme: no dejes jamás de resistir al destino. Ignoraba aún que pertenecía a una pequeña nación amenazada por otros. ¿Cómo hubiera podido comprender entonces que sería lo mismo para mí y que me haría falta tanta energía para defender mi propia identidad? Mi infancia transcurrió, como casi en todos los casos, muy feliz. La pasaba escudriñando el mundo; una regla que después hice mía. Mi hermana, un año menor, y yo vivíamos un poco marginados en el pueblo de Lokavec.

10 Nuestra casa estaba situada a la salida, y fue con efímeras alianzas infantiles como formábamos parte ya de un clan ya de otro. Quedé marcado por las huellas de la última guerra que habíamos heredado de las pláticas de los adultos. Formé entonces, también yo, un pequeño ejército con otros dos de mis amigos. Fabriqué granadas explosivas de paja y gasolina y cañones de carbón; construía torniquetes, colmenares para abejorros y molinos de agua que me servían como centrales eléctricas. Eran sólo juegos de niños. La escuela donde aprendí a leer y escribir estaba a un kilómetro de la casa, y el camino que nos llevaba ahí era nuestro principal atractivo. Yo era un niño terrible, que los maestros no podían casi disciplinar. Amaba sobre todo la tecnología y la lectura. Un día una rama me hirió el ojo izquierdo, sin que yo pudiera sentir el signo precursor de una gran catástrofe. Durante meses, observé el mundo con un solo ojo, hasta que un día el detonador de una mina me hirió también el ojo derecho. No me quedé ciego bruscamente sino poco a poco, durante meses, como si se tratase de un largo adiós a la luz. Así tuve todo el tiempo para atrapar al vuelo los más preciosos objetos, las imágenes de los libros, los colores y los fenómenos celestes, y llevarlos conmigo a un viaje sin retorno. Quizá haya tenido suerte de que esto sucediera lentamente. Quizá haya sido sólo el cinismo del destino que actuaba con retraso. Espero jamás verme obligado a responder estas preguntas de manera precisa.

Es evidente que la ceguera hubiera sido el último de mis deseos. He tenido que aceptar este hecho como si se tratara de la vida, a la que naces sin quererlo, sin poder tomar partido. Y si la vida está ahí, irrevocable, es sin embargo menos inevitable porque nos la podemos quitar, pero la ceguera no te deja jamás; y si quisiera deshacerme de ella, tendría que renunciar a todo el resto, lo que sin duda no vale la pena. He decidido, pues, conservar esta cómplice necesaria; vivir con ella y explorar sus posibilidades, en el juego de amor y odio que me impone.

La ceguera ha transformado mi vida a veces de manera insospechada y en aspectos que sólo el tiempo sabrá revelar. Por ejemplo, no puedo ya correr como antes, y lo habría casi olvidado si los niños no me hubieran preguntado un día por qué camino tan lento. Mi vida es menos agitada, más inmóvil. Observo el mundo escuchándole y girando la cabeza antes que el cuerpo. Voy menos hacia las cosas, me muevo menos y en círculos estrechos. Sí, el espacio se ha restringido y debo tocarlo para conocerlo o

identificarlo por sus ruidos. Eso es molesto, sobre todo cuando pienso en el descanso del cuerpo y en el placer de la mirada que llevas a lo lejos. La ley del espacio me rige en el presente, aunque no sea absoluta: camino en la ciudad, en los caminos puedo montar a caballo, nadar o esquiar, pero al precio de preparativos que toman un poco de tiempo.

Vivo retrasado en comparación con los otros; lo que me hace sentir siempre presionado. Es lo mismo en cuanto a mis conocimientos: escuchar un libro grabado toma más tiempo que su lectura; tengo la nostalgia de una forma de leer más inmediata que el desarrollo interminable y continuo de la cinta.

En mi casa existe un orden militar. Admiro siempre la variedad en la casa de mis amigos. Tengo que aprehender los lugares por los detalles, y el hecho de tener los ojos en la punta de los dedos no siempre es cómodo. Puedo estar buscando mucho tiempo un objeto que alguien movió.

Cuando cocino y pierdo un tornillo de la olla exprés, y lo tengo que buscar luego durante horas, pienso en los buscadores de oro para que la tenacidad no me abandone. Es otra forma de reto, quizá también el precio de la independencia y de la libertad. En realidad, yo no puedo ser los otros, pero ¿quién podría serlo?, y sé que el aislamiento me amenaza cada vez más; la presencia de mis amigos me da una libertad muy grande.

Cuando aún discernía algunos atisbos de luz y color, estaba feliz porque todavía veía. Guardo un recuerdo vivo de los momentos del adiós al mundo visible. Pero la monocromía invadió mi existencia y debo hacer un esfuerzo para conservar la paleta con los matices. Para que el mundo escape a la monotonía y a la transparencia, coloreo los objetos y las personas que toco: conozco una mujer cuya voz es tan azul que ella logra pintar de azul un día gris de otoño. Encontré un pintor que tenía una voz rojo oscuro, y el azar quiso que él amara este color, lo que me dio un placer inmenso.

Adivino el sol por sus efectos térmicos, pero puedo equivocarme. Un día sucedió algo en casa de un amigo del cual no conocía bien su departamento; como conozco de antemano el lugar de la ventana por el ruido de la calle, dije: ¡qué sol el de hoy!, pero ignoraba que era un radiador el que nos daba calor. Nos reímos los dos juntos. Al principio de mi ceguera, cuando la tomaba más en serio, llevaba lentes muy oscuros para exaltar mi estado; hoy día utilizo anteojos más claros, para tener el aire de un intelectual.

Por otra parte, la luz me llega de más allá, por la palabra y la música. Existen también personas que llevan con ellos mucha claridad, lo que los vuelve casi reconocibles. Me acuerdo de una guitarrista que me cantó un *bossa nova* en portugués, del que casi no comprendía las palabras, pero los sonidos se multiplicaron como luciérnagas que volaban sobre ella y su guitarra: eran tan luminosas que tuve ganas de pintarlas. En realidad, su música suscitó en mí imágenes acuñadas hacía tiempo, en las cercanías de mi pueblo esloveno.

Cuando odiaba un poco la ceguera, mi cómplice, me gustaba jugar a mirar. Un día, en el autobús que atraviesa mi valle natal, un campesino se sentó a mi lado. Se puso a comentar el estado del campo, la cosecha esperada; arriesgué una respuesta: el maíz todavía no había sido dañado por el viento y podría crecer más. Continuó hablando y yo le seguí la corriente. Desgraciadamente, él se adelantó en el camino y en el momento de bajar, tuve que tomar mi bastón con cuidado, pues antes había disimulado; todo terminó, él tropezó conmigo y algunos viajeros se burlaron.

Hay otro juego que es aún más riesgoso. El teléfono, que nos da la apariencia de que todos somos iguales a los que ven, me incitó un día a hacerle la corte a una chica sin decirle la verdad. Por miedo al fracaso, prolongué nuestras conversaciones hasta el día que ella quiso que nos encontráramos. Nos dimos cita en un café, con una descripción recíproca del lugar. Para que fuese más verosímil, tomé un periódico y, sentado a la mesa, hacía como que leía. Luego, en medio del ruido de las rocolas reconocí la voz del teléfono que preguntaba por qué tenía el periódico al revés. Me dije que en adelante tendría que inventarme juegos menos peligrosos y más sutiles.

En general, no hay nada espontáneo en mi vida. Voy siempre a los mismos lugares, tan precisos como los lugares geométricos, mientras que con frecuencia tengo ganas de perderme en una selva donde no conociera sus caminos: tendría una bella ilusión de libertad. Paseando en París, regreso siempre a una estación de metro conocida y el encanto se va.

La naturaleza misma no me parece igual a la de antaño, se me ha desaparecido un poco sumergida en la bruma de la percepción mediata. Los lugares donde paseaba mi vista con tanto *sehnsucht* (ardiente aspiración) regresan después de un fuerte trabajo de rememoración. Las estaciones también han cambiado, salvo los olores que las acompañan; se han convertido para mí en algo más violento, venganza sin duda, por la ausencia

de colores. En mi valle natal, olvido con frecuencia los detalles, las colinas, el aspecto de un pueblo, y debo reconstruir las casas, volver a plantar los árboles, tocarlos para constatar que están ahí y poner luego a los pájaros en sus ramas, las brisas en las hojas. Cuando el viento sopla las imágenes son menos precisas, pues cualquier rumor de arbustos es suficiente para que el paisaje desaparezca. Algunas veces son los caminos en el campo los que debo repoblar con las personas que vi allí, y entonces todo el resto reaparece. Es diferente con países que nunca he visto: permanecen muy abstractos, indiferentes; salvo el Adriático, que yo no sé por qué milagro lo veo azul aunque jamás lo haya percibido: quizá el placer de la natación provocó eso, el olor de ese mar. En París, según me encuentre en un barrio pobre o rico, los perfumes de los paseantes difieren: éste es un asunto de colmillo en el que tengo algo de conocimiento; además, hay mucha confusión en los olores de la ciudad para disfrutarlos realmente.

Una de las ausencias más permanentes en mi vida es sin duda la del cielo, que tengo como una de las imágenes más borradas. Las estrellas, pertenecen, por ejemplo, al camino de la memoria que se ha hecho en verdad escarpado. Es por un pequeño reto que las fotografío actualmente. Cuando se las mostré a alguien me dijo que iría a mi país a ver tantas estrellas fugaces. Había olvidado que la tierra gira, haciendo con el trayecto de los astros pequeños trazos luminosos. Yo deploraría amargamente esas ausencias cósmicas si no existiera el arte, y no sé por qué establezco este lazo que no tiene un sentido *a priori*, sino justamente sólo por una ausencia. Sin las maquetas, la pintura, el cine, la arquitectura, me son difícilmente accesibles. Queda la música, por la cual siento una atracción ambigua. Mi amor hacia ella no tiene límite, pero puedo también detestarla cuando pienso que la quieren hacer pasar por el único placer de los ciegos, y que es en realidad la sola posibilidad de existencia social y una siempre promesa de felicidad.

La filosofía del arte, la estética, es mi asunto con algunas reservas que hay que expresar, de orden técnico. Por ejemplo, el aspecto visual de un texto difiere de su imagen sonora, salvo si interrumpimos la lectura para hacer notar todos los signos, pero así se vuelve de difícil comprensión. Además, "el arte de citar" me exige un trabajo de verificación de las frases escuchadas antes de poderlas insertar en un texto. ¡Nuevos problemas técnicos si los agregamos a los otros!

Como estoy privado de la pintura y de las otras artes visuales, me llaman más la atención, pero hace falta que me describan la pintura; lo que me da un sentimiento de intelectual, un sentimiento estético indirecto, y quizá un poco de placer. En este trabajo hay que tener mucha prudencia, pues con frecuencia las descripciones expresan ante todo los fantasmas de quien observa el cuadro. Algunas veces recurro a varias descripciones para acercarme un poco más a la realidad.

Gracias a la práctica, he terminado por amar ciertas pinturas que son aquellas cuya descripción ha durado más tiempo, por ejemplo las obras de Bosch y las del Greco, algunos íconos, y ciertos pintores venecianos por sus colores. En los museos o en las exposiciones me gusta la presencia de todas las miradas silenciosas, los ruidos de los pasos que percibo aun escuchando la voz de mi guía, que intentará transmitirme su propia mirada. La escultura, por el contrario, me procura un sentimiento estético inmediato, en la medida en que me han autorizado tocar las estatuas, lo que no es muy común. Me prohibieron un día, en el parque de Versalles, tocar la copia del grupo escultórico que representa a Laocoonte; en consecuencia no habría habido necesidad de taburete, tocarlas es mi manera particular de penetrar el mito de Eros y Psique, del cual por lo demás estoy afuera. El pálido reflejo de la lámpara de aceite que simboliza para mí el mundo de las apariencias ha desaparecido. Queda la nostalgia de esas realidades inaccesibles y el deseo de emprender el camino que nos conduce a ellas. Me sentiría pobre si tuviera que ser el vigilante en una galería de pintura; mientras que el mismo trabajo en una galería de escultura, me daría muchos placeres.

Dado el carácter intelectual de mi percepción, lo que hace que la presencia sea muy fugitiva, el sueño de la cosa inaccesible me llevó un día a tomar mis primeras fotos, pero sin ninguna pretensión artística, pues su realización artística me es vagamente accesible. La superficie lisa de las imágenes tomadas por el aparato no se dirige a mí, sólo tengo una señal material de paisajes y gente que he visto o encontrado. Es decir, mi mirada no existe más que por el simulacro de la foto que ha sido vista por otro. Me alegro de esta gran inutilidad. Tengo necesidad de esa mirada para que las imágenes se animen en mi interior.

Se trata de un cuarto oscuro frente a otro cuarto oscuro, y de rayos de luz que golpean a éste al revés. Nada más. Y esto es de todas formas bello.

Un pálido vislumbre sobre la película virgen que comienza a transformarse y convertirse en imagen.

15

Además, existe el misterio de la mirada humana que tanto me interesa; en mis fotos, en efecto, las personas aparecen muy diferentes ante el objetivo y ante ellas mismas. Diferentes frente a una oscuridad desconocida o infinita. La ausencia del ojo del fotógrafo se acentúa por el precario instante irreversible que significa tomar una foto; esa foto que por venir de una mirada escondida se transforma en una especie de muerte doble. Las personas fotografiadas no pueden verse de la forma acostumbrada: falta implícitamente esa complicidad con el fotógrafo que las confirma en su narcisismo.

Por la distancia, participo en un juego de fotones, confinado en su perennidad y que no me dejarán desprovisto de imágenes. Pero sé también que aparecen para desaparecer rápidamente, como si llevaran la naturaleza de los ángeles y eso es misterioso.

Estoy agradecido con mis amigos narradores de imágenes, que son realmente aquellos a quienes se les llamaba “los rehenes de la luz”. Mi vida se escapa así, tanto como es posible, de las tinieblas y del crepúsculo de la indiferencia. Aunque tenga muchos espejos en casa por amor a la paradoja, prefiero buscar mi imagen en la voz de mis interlocutores y amigos; es una búsqueda gozosa.

¿Qué es entonces una mirada? Es quizá la suma de todos los sueños de los cuales olvidamos la pesadilla, cuando podemos mirar de otra manera. Además, las tinieblas no son más que una apariencia, ya que la vida de toda persona, por más sombría, está hecha también de luz. Y de la misma forma que el día nace con frecuencia en el canto de los pájaros, he aprendido a distinguir la voz de la mañana de la voz de la noche.

